

Demetrio Boersner

El pueblo kurdo entre imperios e intereses

El pueblo kurdo, integrado por ocho a diez millones de personas, habita una zona montañosa que cubre partes de Irán, Irak, Turquía y Siria. La mayoría de los kurdos son pastores o agricultores organizados en clanes y tribus patriarcales; sólo una minoría vive en ciudades tales como Kirkuk en el norte de Irak. Por su dispersión geográfica y económica en pequeñas comunidades dispersas, el pueblo kurdo no ha llegado a crear las bases de un posible estado nacional único, pero sí se siente nacionalmente identificado y unido por el idioma, la cultura y la experiencia compartida. La aspiración general del pueblo kurdo es la de obtener autonomía cultural y política, y derechos democráticos, en el seno de cada uno de los cuatro países que habita; sólo una minoría piensa en la eventual creación de un gran kurdistán totalmente independiente.

Los kurdos son de origen y lengua indoeuropeos o arios, como lo son también sus vecinos persas y armenios. Su religión predominante es el Islam en sus dos variantes, sunita y chiíta. Una pequeña minoría (no más de 70.000 personas) practica la religión de los yezidi o "adoradores del diablo" (erróneamente llamados así, porque creen que el Redentor y el Maligno son los dos aspectos a la vez antagónicos y complementarios de una misma Divinidad).

Aunque kurdos y armenios son vecinos y comparten el destino de pueblos sojuzgados o cuando menos dependientes, su relación tradicional ha sido de enemistad a veces muy violenta. En cambio, los kurdos tienden a entenderse bien con los pueblos turcomanos (azeríes, etc) que comparten con ellos la fe islámica y un estilo de vida patriarcal y rural.

A lo largo de su historia, los kurdos han defendido su autonomía en medio de luchas entre reinos o imperios rivales. Aunque siempre estuvieron dominados por alguna entidad política mayor, pudieron al menos preservar su existencia y su identidad, por la protec-

ción natural que les ofrecen sus montañas, difíciles de penetrar y propicias para la resistencia guerrillera.

ANTES Y DESPUES DEL GRAN SALADINO

Los kurdos aparecen mencionados por primera vez en una inscripción neosumeria de hace casi 4000 años. Más recientemente, alrededor del año 400 antes de Cristo, se refiere a ellos el historiador griego Jenofonte.

Durante los siglos 3 a 6 de la era cristiana, guerreros kurdos tomaron parte en los conflictos entre el imperio persa de los sasánidas y el imperio romano oriental (bizantino), luchando a veces por un bando y otras veces por el otro. En el siglo 7, la gran expansión árabe catalizada por el Profeta y su mensaje puso fin a la etapa de las pugnas bizantino-persas y sometió todo el Oriente Medio a la dominación del Islam. Los kurdos aceptaron la nueva religión sin oponer resistencia, y se sometieron a la hegemonía de los califas.

Si en su primer siglo de existencia el Islam había tenido un carácter esencialmente árabe, bajo el califato de los abásidas de Bagdad (746-1258) el ámbito musulmán se amplió y se internacionalizó. Persas, turcos, moros y otros pueblos compartieron el mando espiritual y político con los árabes en pie de igualdad. Esa tendencia diversificadora favoreció a los kurdos en el mantenimiento de su identidad y su autonomía.

Desde el año 1000 en adelante, turcos y turcomanos avanzaron de Asia central hacia el oeste y adquirieron un papel cada vez más predominante en el Medio Oriente. Junto con ellos, algunos kurdos ascendieron a puestos relevantes. El más grande de esos kurdos fue Salah ed-Din (Saladino), nacido en 1137 en la ciudad iraquí de Tikrit. Nombrado gobernador de Egipto, unificó esa provincia con Siria y con Arabia, y luego entró con su ejército a Palestina, donde derrotó y expulsó a los cruzados. En 1192 obligó a Ricardo

Corazón de León a firmar el tratado por el cual todo el Oriente Medio, con excepción de una angosta franja costera en Palestina y el Líbano, volvió a manos del Islam. Saladino dio gloria a su pueblo y su religión, no sólo por sus triunfos militares y políticos, sino sobre todo por sus cualidades personales de nobleza, magnanimidad y tolerancia.

Después de la época de Saladino, se acentuó la dominación que sobre el Medio Oriente ejercían diversos pueblos y caudillos turcos y turcomanos. Los selyucos, y posteriormente los otomanos fueron penetrando paso a paso en los dominios de Bizancio. Dentro de ese proceso global, los kurdos no fueron molestados grandemente y conservaron su autonomía.

Hasta la invasión mongol no logró perturbar de modo radical la vida en las montañas kurdas. Las tribus de kurdistán lograron entenderse con la mayoría de los caudillos turco-mongólicos. Sólo a fines del siglo 14, atravesaron una etapa de sangre y lágrimas por incursión de las huestes del terrible Timur Tamerlán.

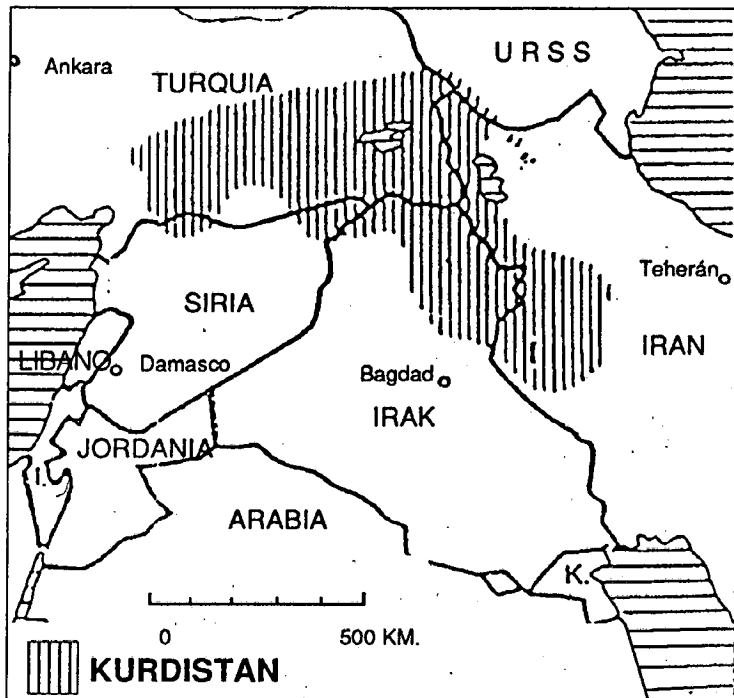
En 1453, Constantinopla cayó en manos de los turcos otomanos y se extinguió la Roma de Oriente. Desde entonces en adelante, el Imperio Otomano rivalizó con Persia por la adhesión de los kurdos. De manera general, la porción occidental y sunita del pueblo kurdo aceptó la supremacía de la Sublime Puerta, en tanto que los kurdos orientales, chiítas, se tornaron hacia Persia.

LAS POTENCIAS ENTRAN EN ESCENA, 1821-1920

Desde la guerra turco-persa de 1821-1823, tres grandes potencias externas comenzaron a intervenir y ejercer presiones sobre el Medio Oriente y el resto de Asia: Inglaterra, Francia y Rusia.

Inglaterra buscaba la seguridad estratégica de sus rutas hacia la India, así como la penetración comercial. Francia estaba motivada por el prestigio y el interés financiero. Rusia perseguía su objetivo secular de la conquista de salidas hacia los mares calientes.

Se inició entonces la penetración de los imperialismos en los viejos reinos asiáticos: guerra del Opio contra China en 1839-1842, seguida de la Guerra de los Taiping en 1856-60; expedición de Perry al Japón en 1854; penetración anglo-francesa en Asia del Sureste; represión del Gran Motín y sistematización del colonialismo británico en la India a partir de 1857; sucesivas imposiciones anglo-rusas a Persia; quebranta-



miento del poder otomano en la guerra de Crimea (1853-1856).

Cada uno de los viejos países orientales reaccionó a su manera: el Japón, por la asombrosa transformación modernizadora iniciada por Meiji en 1868; China, por sacudimientos contraproducentes hasta que por fin sobrevendría la revolución de 1911; la India, por la gradual formación de un movimiento nacionalista burgués. En cuanto a la Turquía otomana, sus sultanes y grandes vizires trataron de efectuar "reformas" encaminadas a frenar la descomposición del sistema y a dar eficacia al estado.

Esas "reformas" turcas sólo tendieron a fortalecer la dominación burocrática del gobierno imperial, sin subsanar en absoluto el despotismo y la corrupción inherentes a aquel feudalismo decadente. Los kurdos, árabes, armenios y otros pueblos sometidos al imperio comenzaron a sentirse oprimidos más que antes, y por ello fue ahora —en la segunda mitad del siglo 19— cuando realmente se tornaron nacionalistas y anti-turcos.

Las potencias imperialistas se valieron de esos nacionalismos ascendentes y disgregadores dentro del Imperio Otomano. Mientras Alemania —nueva gran potencia en auge desde 1871— respaldó al Sultán y su gobierno imperial negociando en 1903 el acuerdo para la construcción del ferrocarril de Bagdad, Inglaterra y Francia buscaron la amistad de pueblos descontentos tales como los griegos y armenios. A partir de 1915, por sugerencia de T.H. Lawrence, la Gran Bretaña apoyaría de lleno al nacionalismo árabe en contra de los turcos.

Rusia, prevaleciéndose de la afinidad religiosa a través de la Iglesia Ortodoxa, a su vez trató de influir sobre los griegos y especialmente sobre los armenios, parte de los cuales se encontraba dentro del Imperio Zarista y otra parte bajo dominación de la Sublime Puerta.

El ansia de las potencias imperialistas por penetrar al Medio Oriente se vio incrementada a partir de 1900 por los descubrimientos de petróleo, en Irak, Turquía oriental y Persia. A la rivalidad por mercados, y territorios de valor estratégico se agregó ahora la de las empresas petroleras por concesiones de aceite negro.

El pueblo kurdo, en medio de ese complejo cuadro de luchas nacionales y de influencias imperialistas rivales, no encontró ningún aliado único ni firme. Esa misma relativa libertad de ataduras le daba, en principio, una posición negociadora, pero seguían demasiado divididos y tribalizados para adoptar una política más común y coherente.

La primera guerra mundial (1914-1918) encontró al Imperio Turco como aliado de Alemania en contra de Inglaterra, Francia y Rusia. De allí el apoyo británico y francés a la revuelta árabe, y los esfuerzos rusos por alzar a los armenios en contra de la dominación turca. A partir de 1915, milicias armenias armadas por los rusos y seguidas por tropas del zar atacaron no sólo al ejército turco sino también las poblaciones civiles musulmanas, incluidos los kurdos, de los cuales masacraron centenares de miles (según fuentes iranianas tales como Hasan Arfa). Ello provocó las terribles contra-

masacres de armenios, cometidas por turcos, kurdos y árabes. Considerando a los armenios como quinta columna rusa, las autoridades turcas —además de ejecutar a miles de dirigentes de esa comunidad nacional— efectuó una masiva deportación de la población armenia hacia otras regiones del Imperio, y centenares de miles de hombres, mujeres y niños (según algunos cálculos, hasta un millón o más) perecieron por hambre, epidemias o masacres.

Terminada la guerra con la victoria de los aliados, éstos se dispusieron a repartirse los despojos de lo que había sido el Imperio Turco. El tratado de Sévres de 1920, que redujo a Turquía a su mínima expresión, le quitó los países árabes, la parte europea de Turquía misma, y Constantinopla (Estambul). Según el mismo tratado, los armenios y los kurdos tendrían derecho a la autodeterminación y la independencia —bajo tutela de las potencias, a través del sistema de mandatos de la Sociedad de las Naciones.

RODEADOS DE PETROLEO POR TODAS PARTES (1921-1939)

El tratado de Sévres jamás se aplicó. El pueblo turco se levantó en armas para defenderse de ese intento, no sólo de quitarle sus posesiones imperiales, sino además de despedazar su territorio nacional interno y propio. Al mismo tiempo, su revuelta estaba dirigida contra la monarquía y el feudalismo. Mustafá Kemal Atatürk, el gran ghazi (caudillo) y

fundador de la Turquía moderna, fue el jefe de esa histórica revolución nacional, modernizadora y orientada, por etapas, hacia la democracia.

Luego de derrotar a los griegos apoyados por Inglaterra, Atatürk obligó a las potencias occidentales a acudir a la conferencia de Lausana de 1923, en la cual se acordó devolver a Turquía la soberanía sobre su propio territorio nacional, incluidos Estambul, los Estrechos y la provincia del lado europeo, quedando separados de ella los países árabes, sobre los cuales Atatürk renunció a cualquier pretensión.

Debido a los intereses petroleros e intrigas diplomáticas anglo-francesas, fue difícil fijar la frontera entre Turquía e Irak: en la "cuestión de Mosul" Inglaterra apoyaba la inclusión de esa zona petrolera en Irak, territorio bajo su mandato, en tanto que Francia respaldaba el reclamo turco del mismo. El problema quedó resuelto en 1925 en favor de Irak e Inglaterra.

Mosul, Kirkuk, Mahabad, Orumiyeh, Erzerum: todas esas ciudades de Irak, Irán y Turquía son puntos estratégicos petroleros, a la vez que tienen poblaciones kurdas y rodean las montañas kurdas con sus tribus pastorales y agrícolas. Se podría decir del pueblo kurdo que constituye una suerte de isla humana rodeada de un mar de petróleo por todas partes.

Durante los años veinte y treinta de nuestro siglo, la política turca e irania hacia los kurdos fue generalmente negativa. Turquía hasta hoy desconoce oficialmente la existencia del pueblo kurdo y le da el nombre de "turcos montañoses". En Irán, la monarquía moderadamente modernizadora de Reza Shah Pahlevi —y posteriormente de su hijo Mohamed Reza Pahlevi— teóricamente reconoció a los kurdos alguna autonomía y admitió su existencia como comunidad étnica y cultural, pero de hecho se mostró en muchos casos represiva. Fue en Irak, bajo la influencia colonial inglesa (que duró en forma directa, de mandato, hasta 1932, y después se prolongó en forma neocolonial sutil hasta 1958), donde las leyes reconocieron mayor autonomía de principio a los kurdos, pero la praxis variaría según circunstancias políticas cambiantes.

Hubo múltiples revueltas kurdas. Ese bravo pueblo recurre a las armas con facilidad y posee un talento nato para la lucha de guerrillas en terreno montañoso. Pero sus alzamientos contra Turquía, Irak o Irán (la comunidad kurda en Siria es realmente pequeña y menos activa) siempre tuvieron carácter defensivo y parcial, hasta que estalló la se-

gunda guerra mundial (1939-1945).

El carácter sólo parcial de esas rebeliones se explica en parte por la división en tribus, pero también por las intrigas de estados y consorcios petroleros foráneos, rivalizando para captar la adhesión de jeques y molahs locales, tornando a kurdo contra kurdo.

JEFATURAS NACIONAL-REVOLUCIONARIAS KURDAS: KADI MUHAMAD, BARZANI Y TALABANI (1940-1990)

Desde los años treinta, el molah Mustafá Barzani había surgido en el Kurdistán iraquí como principal inspirador y jefe de rebeliones autonomistas. En 1941, junto con sus pesmergas (guerrilleros), fue expulsado por los ingleses hacia Irán.

Allá existía, en la provincia kurda y en todo el oeste del país, una suerte de vacío de poder. El régimen del Shah Reza Pahlevi (padre del último shah) se había declarado pro-alemán y por ello Inglaterra y la URSS realizaron una intervención armada conjunta en 1941, ocupando a Irán y poniendo en el trono al joven Mohamed Reza Pahlevi quien, a diferencia de su padre, era pro-británico y pro-norteamericano. Por las circunstancias de la guerra mundial, la fuerza de ocupación anglo-soviética no pudo controlar todo el territorio iraní, y así en la región kurda pudo establecerse un régimen separatista. El líder kurdo Kadi Muhamad, apoyado por Barzani y sus pesmergas, proclamó en la ciudad iraní de Mahabad, en 1946, una República autónoma kurda, que recibió apoyo y ayuda por parte de la URSS.

De ese modo, la causa kurda llegó a quedar dominada por los intereses de la Guerra Fría. Por el apoyo ruso a Kadi Muhamad y Barzani, los occidentales alentaron al shah a liquidar el estado kurdo y reprimir a los pesmergas. Barzani regresó a la parte iraquí de Kurdistán y estableció allí su centro de operaciones para la mayor parte de su vida restante.

Hasta 1958, Irak estuvo sometido a sucesivos gobiernos autoritarios de derecha, pro-occidentales y antisoviéticos, dominados directa o indirectamente por Nuri Saíd, representante de la oligarquía terrateniente. En 1958, la monarquía iraquí y el régimen de derecha fueron derrocados sangrientamente por militares nacionalistas de izquierda, bajo el mando del general Abdel-Karim Kasim. Posteriormente ese general presidió un gobierno cívico-militar progresista, que legalizó a partidos políticos y

sindicatos, inició una enérgica reforma agraria y enrumbó al país hacia un desarrollo independiente basado en una economía mixta. Los comunistas y la URSS simpatizaron con Kasim y le brindaron un apoyo importante pero no incondicional. En 1963, Kasim fue derrocado y ejecutado por un bando nacionalista más moderado, nasserista-panárabe, con el discreto beneplácito del Occidente. Los hermanos Arif, Abdel-Salam y Abdel-Rahman, fueron los jefes de esa etapa. Junto con ellos compartía el poder el partido socialista-nacionalista Baaz, cuyos hombres cometieron atrocidades en la represión contra los comunistas y los partidos de Kasim.

En 1968, el Baaz tomó el poder mediante un golpe de estado, eliminando a los elementos moderados. Desde entonces en adelante, bajo la férrea dictadura de Ahmad Hasan al-Bakr, y luego de Sadam Husein, el partido Baaz adquirió el monopolio del poder. Paso a paso, destruyó toda oposición interna, implantó un terrorismo policial y desarrolló el culto de los líderes, sobre todo de Sadam Husein quien recibió el mando único de manos de al-Bakr en 1979. En lo socioeconómico, sin embargo, reanudó y prosiguió las reformas iniciadas diez años antes por Kasim. Incrementó el dirigismo estatal para el desarrollo independiente y diversificado con economía mixta. Tomó medidas redistribuidoras del ingreso en el sentido de una disminución de las injusticias sociales. En su política exterior, efectuó un acercamiento a la URSS y los países de régimen comunista, por lo menos hasta el año 1977.

Durante ese largo lapso, Barzani no dejó de ser el jefe principal del pueblo kurdo, muchas veces criticado por su paternalismo y su espíritu tribal, pero reconocido como el principal defensor de los kurdos no sólo de Irak sino también de Irán y Turquía. Sin embargo, en el seno del Partido Democrático Kurdo (PDK), brazo político de los pesmergas, se fue formando paulatinamente un ala izquierda (autocalificada de "marxista-leninista" aunque de hecho es policlasista y más bien reformista), dirigida por Ibrahim Ahmad y luego por Jalal Talabani quien es su jefe actual. Ese sector disidente del PDK, basado en la intelectualidad y la población kurda urbana, y apoyado por el Partido Comunista, se fue apartando de Barzani, buscando alianzas con nacionalistas y socialistas árabes iraquíes, inclusive el Baaz en sus momentos de relativa liberalidad.

El movimiento rebelde kurdo tuvo el apoyo de la URSS hasta 1970. Barzani se cuidó de mantener buenas relaciones

con Moscú y de acatar los consejos del Kremlin (la época de Kasim en Irak, por ejemplo, los soviéticos aconsejaban al líder kurdo que procurase un entendimiento con él). Sin embargo, paulatinamente Barzani se fue orientando hacia otras alianzas. Debido al fracaso de sus repetidas negociaciones con el gobierno baazista de Irak después de 1963 (el Baaz prometía autonomía pero no la daba, en parte por temor de perder el control sobre la zona petrolera de Kirkuk), el molah se fue acercando al shah de Irán, estableciendo contacto, al mismo tiempo, con los representantes locales de la CIA.

El shah y los norteamericanos estaban tratando, desde 1965 por lo menos, de desestabilizar el régimen baazista de Bagdad. El monarca persa temía el creciente poderío militar de Irak y su alianza con la URSS, y los estrategas de Estados Unidos pensaban igual. Señalaron a Barzani la conveniencia de pactar con ellos. El shah prometió reconocer la autonomía de los kurdos y efectivamente adoptó algunas medidas en ese sentido dentro de sus propios dominios. A partir de 1972, el cambio de alianzas en un hecho cumplido: Barzani recibió una colosal ayuda militar y financiera del shah de Irak, junto con el entrenamiento de los pesmergas por expertos del pentágono y la CIA. De ese modo, de 1972 a 1979, cambió radicalmente el rol del movimiento de liberación nacional de los kurdos dentro del contexto internacional: hasta el 72, había sido un factor "izquierdista" y prosoviético; a partir de ese año, se convirtió en factor objetivamente "derechista" y prooccidental. Sólo los disidentes de Jalal Talabani mantuvieron su posición al lado del Baaz y de una política tercermundista con ribetes de simpatía prosoviética.

Al caer el shah y establecerse en Irán el régimen fundamentalista del ayatola Jomeini en 1979, la posición internacional del movimiento kurdo sufrió un nuevo cambio abrupto. El molah Mustafá Barzani había muerto en 1979 y su movimiento estaba siendo dirigido por su hijo Masud, menos prestigioso que el padre. Por otra parte, ahora a Estados Unidos ya no le interesaba apoyar a Irán contra Irak sino todo lo contrario: Saddam Husein (plenamente consciente de ello y jugando sus cartas a la perfección) estaba por transformarse en el paladín del Occidente frente a la nueva amenaza del fundamentalismo islámico, apoyado por la URSS en esa primera etapa de su poder. Por ello, la CIA comenzó a alentar a los pesmergas a que atacaran a los iraníes más bien que a los iraquíes, dejando en paz a Saddam Husein quien, por

otra parte, recibió a partir de ese momento envíos generosos del mejor material de guerra occidental, para uso en la guerra que desencadenó contra Irán a partir del año 1980.

Sin embargo, desde 1985, cuando Jomeini ahorcó a la plana mayor comunista, a la vez que Gorbachov ascendió al poder en la URSS, el Occidente dejó de tener el mismo interés en apoyar a Irak, y junto con ello también el problema kurdo perdió su importancia en términos de "guerra fría". Quedó reducido a sus proporciones intrínsecas, de lucha de un pueblo pequeño pero bien identificado por el respeto democrático a sus derechos dentro de los países mayores en cuyo seno vive.

SITUACION ACTUAL Y PERSPECTIVAS

El levantamiento kurdo contra Saddam Husein cuando éste fue derrotado a comienzos de 1991 por la coalición militar encabezada por Estados Unidos, formó parte de una rebelión generalizada de fuerzas populares iraquíes contra una dictadura que las oprimió y maltrató en forma despiadada durante más de dos décadas. Es un levantamiento que, desde un punto de vista democrático y humanitario, merece toda simpatía y todo apoyo.

El petróleo parece constituir nuevamente la razón principal por la cual las potencias occidentales no respaldaron a los kurdos sino optaron por dejar en el poder, después de todo, a Saddam Husein. Saben que a ese dictador, golpeado y astuto, lo podrán manejar en el futuro cercano y medio. En cambio, entre los kurdos hay radicales y hasta comunistas: no hay seguridad de lo que harían si lograran autonomizarse con el petróleo de Kirkuk y otras zonas.

DE ALLI SE DERIVA NUESTRA CONCLUSION ESENCIAL

El pueblo kurdo, como todos los demás pueblos minoritarios del Medio Oriente, están condenados a ser instrumentos de grandes potencias o de consorcios económicos hasta el día en que la democracia (auténtica, tanto política como social) surja en los países de la región por la acción progresiva y transformadora de sus pueblos. Sólo el triunfo de un amplio movimiento democrático internacional en los países del Medio Oriente será capaz de garantizar los derechos autónomos de cada etnia dentro de un marco de solidaridad regional y mundial.

No sucederá en este siglo. Pero sí en el próximo, que está cerca.

RAJIV GANDHI DOLOROSA PERDIDA PARA EL MUNDO

Representó la cuarta generación en una familia de líderes de la lucha nacional y democrática en la India. Su bisabuelo, Motilal Nehru, fue compañero del Mahatma Gandhi en la etapa pre-independentista. Su abuelo, Jawaharlal Nehru, dirigió a la India en su primera fase de independencia, orientándola hacia la democracia política y social, el desarrollo autónomo y la solidaridad tercermundista. Su madre, Indira Gandhi, continuó con brillo y firmeza la obra de su progenitor.

Rajiv Gandhi anduvo por el mismo camino, en una época de crecientes complejidades y de cuestionamiento de viejos valores nacionalistas y democráticos. Supo ser fiel a la herencia recibida, ajustando sus métodos a las nuevas condiciones.

En medio de la oleada neoliberal que inundó los países del tercer mundo, Rajiv Gandhi defendió con éxito los principios de un modelo de desarrollo que no olvidó las necesidades sociales y humanas sino las coloca en el primer plano de las iniciativas. Bajo su dirección, India demostró que ese modelo funciona, tan bien o mejor que los modelos neoliberales: Año tras año, ese país ha servido de ejemplo al Sur en su conjunto, combinando un sostenido crecimiento económico y avance tecnológico con la constante reducción de las más graves injusticias sociales.

Rajiv Gandhi nos hará gran falta en las luchas futuras.

D.B.